

ALCOTT

# Cursis y relamidas mujercitas

por Maite Carranza



Louise M. Alcott.



Maite Carranza.

## Mujercitas

**Y**o leí *Mujercitas* cuando tenía doce años. Exactamente la edad de Amy cuando comienza el relato. Mi madre me la recomendó como una de las lecturas preferidas de su infancia y yo, debo reconocerlo, la devoré y pedí más. Tras *Mujercitas* vinieron *Aquellas mujercitas*, *Hombrecitos* y *Los mucha-*

*chos de Jo*. Toda la saga corrió la misma suerte.

Con cierta vergüenza reconozco, después de veinte años, que lloré mares de lágrimas y disfruté como una enana y es que, por aquellos entonces, yo me lo tragaba todo y cuanto más truculento mejor.

*Mujercitas* me impresionó sobre

todo por aquello de la identificación. Yo era la mayor de tres hermanas y nuestras pequeñas rencillas ocupaban como es natural buena parte del día. Yo deseaba ser una gran escritora, tenía el genio vivo, iba a las monjas, hacía ejercicios espirituales, era una romántica impenitente y me escondía por todos los rincones de la casa para leer novelas. Mi hermana Marta deseaba ser un chico, se daba de puñetazos con todo el mundo y hacía ruedas y mortales por el pasillo de casa, y la pequeña era monísima y se chiflaba por los animales y los pobres. En definitiva mi familia ofrecía a mis ojos unas posibilidades tan cursis y relamidas como las que amorosamente describía Louise M. Alcott en sus relatos.

No creo que mi vida cambiara para mejor o para peor después de la lectura de *Mujercitas*, pero estoy segura de que me inspiró propósitos redentoristas de los cuales hice víctimas a mis hermanas. Intenté, sin éxito, leer libros y representar funciones de teatro, así como cantar lindas canciones sin la inestimable ayuda del piano. Las reprendía por sus defectos y organizaba caritativas fiestas en honor a mi madre. A falta de chimenea las reunía ante la estufa de petróleo y las disfrazaba con largas faldas, pero el conjunto no me acabó de satisfacer jamás. Afortunadamente me duró poco y todas sobrevivimos a la experiencia.

Antes de releer el libro me juré a mí misma no sorprenderme por nada ni abjurar de mis recuerdos. (Los recuerdos ahí están, enternecedoramente ñoños y sin escamotear detalles.) La sorpresa, sin embargo, ha podido conmigo.

*Mujercitas* no es una novela en el buen sentido de la palabra. *Mujercitas* es el manual de la perfecta puritana.

No hay nada en ella que nos acerque a la buena narrativa romántica, ni mucho menos realista. Está faltada de estructura, de argumento y de intriga. La voluntad de *Mujercitas* es la de sermonear a las jóvenes mediante una serie de parábolas cristianizantes que las alerten sobre los peligros mundanos y hagan de ellas dignas y honradas esposas y madres.

Las cuatro muchachas, a las que Dios ha impuesto la dura prueba de la pobreza, son exponentes de cuatro temperamentos fantasiosos que amenazan sus caracteres en flor. Es naturalmente tarea de la madre conducir su pequeño rebaño por el camino de la perfección y aconsejarlas con su experiencia y ejemplo.

Cada uno de los capítulos responde a una lección que la maternal señora March ofrece a sus retoños. El argumento se convierte así en un rosario de situaciones atemporales ordenadas como un vasto aparador de miserias morales disfrazadas de trampas para ingenuas jovencitas. A diferencia de las versiones cinematográficas, que potencian el frágil anecdotario argumental condensándolo e infiriendo un cierto ritmo narrativo a la historia, el único hilo conductor del texto original es el empeño y el valor que ponen las cuatro hermanas March en luchar contra sus pecadillos. Léase: el egoísmo, que se combate gracias a la generosidad, el amor por el lujo que se opone a la sencillez, el ocio enemigo de la laboriosidad, la ira incompatible con la docilidad femenina, la gula y la envidia que evidentemente los pobres no



pueden permitirse, la sensualidad que pervierte la pureza y el individualismo que desmiembra la familia, origen y principio de la felicidad.

Lo verdaderamente importante es conseguir unas mujercitas hacendosas, laboriosas, sencillas, generosas, piadosas, dóciles, puras y amantes del hogar. En otras palabras, crear mujeres que sean a la vez el alma y la salvaguarda de la familia americana en la más pura tradición del May Flower. Heroínas cotidianas que ofrendan generosamente sus hijos y maridos a la patria y defiendan con uñas y dientes la integridad de la institución familiar protegiéndola contra el pecado y el mundo.

Sería injusto no reconocer, a pesar de todo lo expuesto, la fuerza y la presencia de tres personajes femeninos, Meg, Jo y Amy, y la frescura de algunos diálogos y escenas que extrapolados del conjunto de la obra podrían

considerarse novedosos y hasta atrevidos.

Aquello que logra hacernos vibrar aún hoy y acercarnos a la esencia humana de esas muchachas del siglo XIX son precisamente sus defectos, defectos que gracias a la constancia de su buena mamá y a su masoquismo imperdonable acabarían por corregir logrando con ello hacernos perder todo interés hacia sus vidas.

Desde estas páginas rompo una lanza a favor de la coquetería y la frivolidad de Meg, Meg que poco a poco deja de soñar, engalanarse y compliacarse la vida con amigas, enamorados y hermosos atuendos para convertirse en una aburridísima y convencional ama de casa dedicada por entero al cuidado de sus bebés, para colmo gemelos, y a su honradísimo marido. Meg es humana cuando juega a Lolita, está hasta las narices de los niños que cuida y sueña con su príncipe

azul. Meg se convierte en un espantajo cuando descubre que acabará su vida en compañía del soso de John y se resigna con las siguientes palabras: «Aunque esperase toda la vida, no podría hacer mejor elección. Juan es bueno y listo: tiene muchísimo talento, deseo de trabajar y seguramente

aquí el destino de la primera mujercita.

Jo no le va a la zaga aunque el celuloide haya intentado disimularlo. Jo, la independiente, la individualista, la ambiciosa, la irascible y la creativa, la protagonista por excelencia, padece un terrible complejo de Peter Pan que le hace aborrecer el sexo. Jo se refugia en los juegos infantiles y en un pretendido «compañerismo caritativo» para con Laurie y niega así el amor de su vida. Ello supone un rebozado del más vil puritanismo con el que Alcott no ha conseguido convencerme jamás. Ella no debe casarse con Laurie porque los dos harían una pareja explosiva y la pasión los dominaría. Evidentemente ese no es el modelo adecuado de matrimonio. «No, Laurie, no hemos nacido el uno para el otro, porque nos parecemos demasiado. Ambos tenemos una imaginación ardiente, un carácter impetuoso, un apasionado amor por la libertad, iguales cualidades y los mismos defectos. Y si cometiésemos la locura de...» Jo, por tanto, como buena hija de su madre pone tierra por medio y opta por un paternal y pacífico profesor que la hará entrar en vereda y la convertirá en madre de sus hijos. Jo es castigada seriamente a lo largo de la historia moralista por su rebeldía. Su hermana Amy consigue lo que se propone gracias a sus encantos y deja a Jo con un palmo de narices al birlarle el viaje y el novio. La mujercita insumisa pasará su purgatorio cuidando a Beth moribunda, trabajando como una negra y convirtiéndose en una solterona. Jo no hallará la felicidad hasta haber modificado su conducta y modelado su carácter. Dejemos a Jo decir adiós a su sueño de escritora (que abandona en aquellas mujercitas) y convertirse en la laboriosa y emprendedora señora Bhaër. ¡Hasta nunca Jo!

Amy es una chiquilla perversa, vanidosa y altiva que cultiva con inteligencia y buen tino las artes de la seducción y el engaño. Amy desea ser

artista, bella, admirada y rica y excepto lo primero lo consigue casi todo, pero el personaje ya no es el mismo. Amy logra realizar su maravilloso viaje a Europa y desposarse con el riquísimo Laurie gracias a su conversión por arte de birlabirloque en una adorable y puritana jovencita que sermonea como una vieja y sabe renunciar a sus aspiraciones artísticas. Amy puede casarse con Laurie porque es astuta y sensata y nunca compartirá sus locuras. La odiosa y entrañable Amy que patalea por ir al teatro y al baile, capaz de engañar a sus amigas, golosa por las limas, envidiosa de la sortija de turquesas de su tía y zalamera con los mayores, de nuevo se transforma en otra aspirante a los fogones. «He visto tantas cosas bellas que, en comparación, he comprendido mi insignificancia y, desesperada, he renunciado ya a mis locas ambiciones de artista. En el futuro perfeccionaré las demás cualidades que poseo y en lo posible me convertiré en una mujer elegante.» De ahora en adelante se conformará con modelar la cara de su hijita, lo único verdaderamente importante para ella.

Y para qué hablar de la señora March y de Beth si ambas son unos ángeles. Beth lo es por nacimiento, siempre fue así y como todos los seres de otro mundo lo abandona temprano. La maravillosa mamá lo es por voluntad y por vocación y gracias a ello puede ofrecer la dura prueba de su experiencia a sus alocadas hijas. Ella es el eje de esta historia de final desdichado e inverosímil que con su tenacidad y empeño erradica las ilusiones, los sueños y las aspiraciones de tres adolescentes, que hace de su juventud un constante mea culpa y las convierte finalmente en unas abnegadas cenicientas.

Simplemente creo que jamás recomendaré este libro a mi hija. Desde que yo lo tuve en mis manos por primera vez ha llovido mucho en este país y, afortunadamente para ella, tampoco lo entendería. ■

hará carrera, dadas su energía y voluntad todo el mundo le estima y le respeta y estoy orgullosa de que me quiera a pesar de ser yo tan pobre, tan joven y tan tonta». Ésta es su más apasionada declaración amorosa. Sin ilusión, ni deseo, con la bendición de sus papás y el reto de luchar de nuevo contra la pobreza y el tedio. He

